

PRÁCTICAS Y RESIDENCIAS EN  
FORMACIÓN DOCENTE.  
MEMORIAS, EXPERIENCIAS, HORIZONTES. II

<http://revistas.unc.edu.ar/>

Ensayo

**“SER O NO SER, HE AHÍ LA CUESTIÓN”. O  
LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA  
EN CUESTIÓN**

**Gastaldi, Eliana:** [eligastaldi@hotmail.com](mailto:eligastaldi@hotmail.com)  
Universidad Nacional de Córdoba

---

*Sentí que la obra se burlaba de mí. (...) Sentí, en la última página, que mi narración era un símbolo del hombre que yo fui, mientras la escribía y que, para redactar esa narración, yo tuve que ser aquel hombre y que, para ser aquel hombre, yo tuve que redactar esa narración, y así hasta lo infinito. (En el instante en que yo dejo de creer en él, "Averroes" desaparece.)*

*Jorge Luis Borges, La busca de Averroes.*

El presente ensayo pretende ser sólo eso: un ensayo, el ensayo de una problematización. Cada vez que me propongo abordar la cuestión de la enseñanza de la filosofía, se me presentan una serie de preguntas: ¿qué significa enseñar filosofía? ¿Qué se supone que tiene que hacer aquel que dice que quiere enseñar filosofía? ¿Qué es lo que enseña, si es que puede enseñar algo, y cómo puede hacerlo? Por lo cual, lo que aquí intentaremos hacer es darle vueltas a esos interrogantes. Para ello, recurriremos a algunos autores cuyos aportes pueden sernos de ayuda para desarrollar dicha problematización.

Comenzaremos nuestro recorrido planteando la cuestión de la enseñanza de la filosofía; esto es, comenzaremos preguntándonos qué significa enseñar filosofía o, de otro modo, qué es lo que hacemos cuando decimos que enseñamos filosofía: qué entendemos por "enseñar filosofía". Para ello, tomaremos como punto de apoyo el análisis que Derrida realiza, en *Cátedra vacante: censura, maestría y magistralidad, de la frase kantiana: "no puede aprenderse la filosofía, sólo se puede aprender a filosofar"*.

En segundo lugar, abordaremos la cuestión del profesor (de filosofía); esto es, nos preguntaremos qué significa ser profesor, en el sentido de qué queremos decir cuando decimos que alguien es "el que enseña". Acudiremos, para ello, al análisis que Foucault realiza, en *El coraje de la verdad*, de dos modalidades del decir veraz: el decir veraz del técnico y el decir veraz del parresiasta.

Por último, y en tercer lugar, intentaremos problematizar la cuestión de la posibilidad misma de la enseñanza de la filosofía y del profesor de filosofía, tomando como punto de referencia de dichos cuestionamientos los análisis desarrollados en los dos apartados anteriores.

*Antígona. - Es el suelo extranjero que él había deseado el que lo ha visto morir. Tiene su lecho bajo tierra, perfectamente oculto para siempre. No deja tras él un duelo que rechaza lágrimas. Ve pues, mis ojos, oh padre; lloran y se lamentan, y yo no sé, ¡ay! cómo podría hacer para poner fin alguna vez a la inmensa pena que hoy me dejas.*

*Jacques Derrida, La hospitalidad.*

¿Qué significa enseñar filosofía? ¿Qué entendemos por una enseñanza tal?

Para comenzar este recorrido podríamos decir, siguiendo a Derrida, que la enseñanza de la filosofía constituye una no-enseñanza, ya que al enseñar filosofía se enseña algo sin que se aprenda, se enseña algo que no es posible aprender, si tomamos «aprender» en sentido estricto. A este respecto, en la Crítica de la razón pura, Kant nos dice:

*Si prescindo por completo del contenido del conocimiento, considerado objetivamente, todo conocimiento es, considerado subjetivamente, o bien histórico, o bien racional. El histórico es cognitio ex datis, mientras que el racional es cognitio ex principiis. Sea cual sea la procedencia originaria de un conocimiento dado, para el sujeto que lo posee se trata de un conocimiento histórico cuando sólo conoce en el grado y hasta el punto en que le ha sido revelado desde fuera, ya sea por la experiencia inmediata, por un relato o a través de una enseñanza (de conocimientos generales). Quien haya aprendido, en sentido propio, un sistema de filosofía (...), no posee, consiguientemente, por más que sepa de memoria todos sus principios, explicaciones y demostraciones (...), sino un conocimiento histórico completo de la filosofía (...). No sabe ni juzga más que en la medida de lo que le ha sido dado. (...). Se ha formado a la luz de una razón ajena, pero la capacidad imitadora no es una facultad productora. Es decir, el conocimiento no ha surgido en él de la razón y, aunque es, desde un punto de vista objetivo, un conocimiento racional, es meramente histórico desde un punto de vista subjetivo. Ha entendido y retenido bien, es decir, aprendido (...). Los conocimientos racionales que lo son objetivamente (esto es, los que no pueden originarse más que a partir de la razón humana propia) sólo pueden llevar tal nombre desde un punto de vista subjetivo, además del ob-*

*jetivo, cuando han sido extraídos de las fuentes universales de la razón – fuentes de las que puede surgir la misma crítica e incluso el rechazo de lo aprendido -, es decir, de principios.<sup>1</sup>*

De acuerdo con lo anterior, Kant distingue el conocimiento histórico del conocimiento racional. Teniendo en cuenta el modo en que tal conocimiento es adquirido, un conocimiento que es objetivamente racional<sup>2</sup> - esto es, extraído de la sola razón - puede ser subjetivamente histórico – es decir, extraído de datos -, “(...) como ocurre con la mayoría de los aprendices y con todos aquellos que nunca ven más allá de la escuela y que siguen siendo aprendices toda su vida.”<sup>3</sup>. Así, «aprender», tal como Kant lo define aquí, consiste en la adquisición de conocimientos a partir de datos; esto es, el aprendizaje, en sentido estricto, sólo puede hacer referencia a la adquisición de un conocimiento que, considerado subjetivamente, no puede ser sino histórico.

Dado lo anterior, la enseñanza de la filosofía, tal como Kant la entiende - es decir, la enseñanza de la razón pura -, sólo puede consistir en una no-enseñanza, en tanto la razón es, precisamente, aquello que no es un dato, un contenido; la razón es, justamente, aquello que no puede aprenderse. Por lo tanto, la filosofía - en sentido kantiano - no puede aprenderse:

*Nunca puede aprenderse, en cambio (a no ser desde un punto de vista histórico), la filosofía. En lo que a la razón se refiere, se puede, a lo más, aprender a filosofar.<sup>4</sup>*

En este punto, Derrida nos advierte que la citada frase está acentuada, en el mismo capítulo, de dos modos diversos<sup>5</sup>:

1. “No se puede aprender *filosofía*, no se puede aprender más que a *filosofar*”: Dado que la filosofía no puede aprenderse filosóficamente, sino sólo históricamente (ya que «aprender» implica extraer el conocimiento de datos, y la

2. El conocimiento racional, además del filosófico, incluye también, para Kant, el conocimiento matemático. Éste se diferencia del primero en que, haciendo un uso puro de la razón (es decir, a priori), involucra la intuición pura (sensible). Por ello, las matemáticas son la única ciencia racional que puede ser aprendida; esto es, son el único conocimiento objetivamente racional que, siendo aprendido, es, a la vez, subjetivamente racional. (Ver: Kant, E.; *Crítica de la razón pura*; Taurus; Traducción de Pedro Ribas; pág. 470).

3. Kant, E.; *Crítica de la razón pura*; Taurus; Traducción de Pedro Ribas; pág. 470.

4. *Ibíd.*; pág. 470.

5. Ver: Derrida, J.; “Cátedra Vacante: censura, maestría y magistralidad” en *El lenguaje y las instituciones filosóficas*; Ediciones Paidós; 1995; pág. 101-109.

filosofía consiste, justamente, en aquello que no es un dato), sólo se puede aprender a filosofar. Así, la no-enseñanza del profesor de filosofía consistiría en la enseñanza de un acto (no de un contenido): el filosofar.

Sin embargo, a lo anterior Kant agrega:

*La filosofía es el sistema de todo conocimiento filosófico. Hay que tomarla objetivamente si por ella se entiende el modelo que nos sirva para valorar todos los intentos de filosofar y toda filosofía subjetiva, cuyo edificio suele ser tan diverso y cambiante. De esta forma, la filosofía es la mera idea de una ciencia posible que no está dada en concreto en ningún lugar, pero a la que se trata de aproximarse por diversos caminos hasta descubrir el sendero único (...), y hasta que consigamos, en la medida de lo concedido a los hombres, que la copia hasta ahora defectuosa sea igual al modelo. Mientras esta meta no haya sido alcanzada, no es posible aprender filosofía, pues ¿dónde está, quién la posee y en qué podemos reconocerla? Sólo se puede aprender a filosofar, es decir, a ejercitar el talento de la razón siguiendo sus principios generales en ciertos ensayos existentes, pero siempre salvando el derecho de la razón a examinar esos principios en sus propias fuentes y a refrendarlos o rechazarlos.*<sup>6</sup>

De lo anterior se sigue que la filosofía no puede aprenderse, no sólo por no tratarse de un contenido, sino porque es una «mera idea», un ideal regulativo, lo cual (en Kant) quiere decir: una idea inaccesible desde el punto de vista cognoscitivo. Por lo cual, uno sólo puede aprender a filosofar, sin aprender nunca la filosofía, sin acceder nunca a ella. Sólo podemos *aprender* a filosofar:

2. “No se puede aprender filosofía, no se puede más que *aprender* a filosofar”: La filosofía, tal como Kant la entiende, es una totalidad imposible de alcanzar, que funciona como idea reguladora. Por lo tanto, la filosofía sería aquello a lo que aspiramos continuamente, sin lograr nunca acceder a ella. De acuerdo con ello, si la filosofía es inaccesible, entonces no podemos más que estar aprendiendo a filosofar, *interminablemente* aprendiendo y sólo aprendiendo.

6. Kant, E.; Crítica de la razón pura; Taurus; Traducción de Pedro Ribas; pág. 470-471.

En conclusión: 1) No es posible aprender filosofía filosóficamente, sino sólo históricamente; por tanto, sólo se puede aprender a *filosofar*. 2) Dado que la filosofía es inalcanzable, sólo podemos aprender a filosofar, sin acceder nunca a la filosofía, sino aprendiendo interminablemente el acto de filosofar. ¿Quién puede enseñarnos este acto?

*(...) si me escuchan expresarme, al defender mi causa, como acostumbro hacerlo, ya sea sobre la plaza pública, ante las tiendas de los comerciantes (...), ya sea en otra parte, no se escandalicen. Porque sépanlo bien, hoy es la primera vez que comparezco ante un tribunal; ahora bien, tengo setenta años. Por lo tanto, soy completamente extranjero al lenguaje de aquí [completamente extranjero, (...) eso quiere decir «simplemente, absolutamente, completamente» porque esto quiere decir ante todo «simplemente, sin artificio, sin tekhnè» (...)].*  
*Jacques Derrida, La hospitalidad.*

¿Qué significa ser profesor, docente, maestro, “el que enseña” (filosofía)? En el epígrafe tenemos a Sócrates ante el tribunal, en el juicio en el que, finalmente, lo condenarán a muerte. En dicho juicio, Sócrates se defiende, entre otras acusaciones, de corromper a los jóvenes atenienses, alegando que él no impartía ningún tipo enseñanza; se defiende, ante todo, de ser considerado un sofista. Sin embargo, Sócrates es ampliamente considerado, en la literatura pedagógica, como el primer maestro. Por tanto, cabe preguntarse qué enseñaba Sócrates, si es que podemos decir que algo enseñaba.

En *El coraje de la verdad*, Foucault se refiere a Sócrates como «el parrhesiasta», y distingue este modo del decir veraz, la parrhesía, del decir veraz del profesor, del docente, del que enseña o, tal como prefiere llamarlo Foucault, del «técnico». Éste, según el autor, posee un saber caracterizado como *teknhe*, un saber-hacer, esto es, un saber “que implica conocimientos, pero conocimientos que se encarnan en una práctica y entrañan, para su aprendizaje, no sólo un conocimiento teórico, sino todo un ejercicio (...).”<sup>7</sup>

Pero el técnico<sup>8</sup> es aquel que, no sólo posee un saber y es capaz de ense-

7. Foucault, M.; *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II*; Fondo de Cultura Económica; 2010; pág. 39-40.

8. El ejemplo paradigmático del técnico es, para Foucault, el sofista.

ñárselo a otros, sino que, de alguna manera, tiene la obligación de transmitir ese saber que posee, de formular esa verdad. Tiene un cierto «deber de palabra» ya que esa verdad, ese saber que posee, está ligado a toda una tradición<sup>9</sup>. El técnico ha recibido su saber de algún otro, y él, a su vez, debe transmitirlo a los demás para que este saber no muera con él: la enseñanza asegura la supervivencia del saber.

El decir veraz de la parrhesía es caracterizado, por Foucault, como aquel discurso verdadero que es enunciado por un sujeto, siendo este discurso una verdad en la cual él cree: “El parresiasta da su opinión, dice lo que piensa, él mismo signa, en cierto modo, la verdad que enuncia, se liga a esa verdad y, por consiguiente, se obliga a ella y por ella.”<sup>10</sup> Pero esta caracterización no es suficiente, ya que no permite distinguir al parresiasta del profesor y, para Foucault, éstos constituyen dos modalidades del decir veraz diferentes.

El técnico también dice una verdad en la cual cree, pero, a diferencia del parresiasta, al enunciar esa verdad, el técnico no corre ningún riesgo. Así, el elemento distintivo del decir veraz de la parrhesía consiste en el riesgo que ésta implica: “(...) para que haya *parrhesía* es necesario que en el acto de la verdad haya: en primer lugar, manifestación de un lazo fundamental entre la verdad dicha y el pensamiento de quien la ha expresado; [en segundo

lugar,] cuestionamiento del lazo entre los dos interlocutores (el que dice la verdad y aquel a quien está dirigida). Por eso este nuevo rasgo de la parrhesía: ella implica cierta forma de coraje, cuya forma mínima consiste en el hecho de que el parresiasta corre el riesgo de deshacer, de poner fin a la relación con el otro que, justamente, hizo posible su discurso. De alguna manera, el parresiasta siempre corre el riesgo de socavar la relación que es la condición de posibilidad de su discurso.”<sup>11</sup>

Es este riesgo de poner fin a la relación que mantiene con su interlocutor el que marca la diferencia fundamental entre el decir veraz del parresiasta y el del técnico. Éste, al contrario del parresiasta, instaura un vínculo con aquel a quien

10. *Ibíd.*; pág. 30.

11. Foucault, M.; *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II*; Fondo de Cultura Económica; 2010; pág. 30.

se dirige mediante la transmisión de su saber, mediante la enunciación de su discurso de verdad: "(...) el que enseña anuda o, en todo caso, espera o desea a veces anudar entre sí mismo y quien o quienes lo escuchan un lazo, lazo que es el del saber común, de la herencia, de la tradición, lazo que puede ser también el del reconocimiento personal o la amistad. (...) en ese decir veraz se establece una filiación en el orden del saber."<sup>12</sup>

Sin embargo, Foucault nos advierte sobre otra diferencia entre el decir veraz del parresiasta y el del técnico, y ella refiere a que lo que está en juego en el discurso de verdad del primero es una manera de ser y de hacer, aquello que los griegos llamaban *ethos*. A diferencia del técnico: "El parresiasta no es un profesional. Y la parrhesía es, con todo, algo distinto de una técnica o un oficio, aún cuando en ella haya aspectos técnicos. La parrhesía no es un oficio (...). Es una actitud, una manera de ser que se emparenta con la virtud, una manera de hacer. Son procedimientos, medios conjugados con vistas a un fin y que, por eso, incumben a una técnica (...), pero es también un rol, un rol útil, precioso, indispensable para la ciudad y los individuos."<sup>13</sup>

A modo de resumen, podemos hacer una caracterización del técnico como aquel que posee un saber (*tekhne*), que es capaz de transmitírselo a otros y que, además, tiene la obligación de transmitirlo. Técnico es aquel que establece un lazo con aquel a quien se dirige, mediante el saber que transmite. Por su parte, parresiasta es aquel que, en su discurso, enuncia una verdad en la cual cree, y que, precisamente por la enunciación de ésta, corre el riesgo de socavar la relación que mantiene con aquel a quien se dirige, relación que es la condición de posibilidad de su discurso. Y, por sobre todas las cosas, parresiasta es aquel que, con su discurso de verdad, pone en juego una manera de ser y de hacer.

Partiendo de estas distinciones, y retomando lo dicho al inicio de este apartado, detengámonos en lo siguiente: Sócrates es considerado, por Foucault, como un parresiasta; pero también es considerado, por otros, como el primer maestro. Asimismo, "el propio Sócrates" dice de sí no ser un técnico (en sentido foucaultiano), niega ser un sofista. Dadas todas estas caracterizaciones de Sócrates, podemos preguntarnos: ¿se puede ser maestro sin ser técnico? ¿Puede el parresiasta ser maestro?

12. *Ibíd.*; pág. 40.

13. *Ibíd.*; pág. 33.

*«Te haré aún un ruego, dice el Xenos a Teeteto, no considerarme como un parricida.» «¿Qué quieres decir?», pregunta entonces Teeteto. El Extranjero: «Que deberemos necesariamente, para defendernos, poner en duda la tesis (...) de nuestro padre Parménides y, por fuerza, establecer que el no-ser es, en cierto aspecto, y que el ser, a su vez, de una cierta manera, no es».*

*Jacques Derrida, La hospitalidad.*

Comenzamos este recorrido preguntándonos qué entendemos por aquello que denominamos enseñanza de la filosofía. A continuación, nos interrogamos por quién es aquel del que decimos que enseña, esto es, qué entendemos por profesor, docente, maestro, “el que enseña”. Para ello, recurrimos a Foucault y a la caracterización que hace del decir veraz del técnico y del parresiasta. Podríamos preguntarnos, ¿por qué acudir a la figura del parresiasta a la hora de abordar la cuestión de la enseñanza de la filosofía?

Con Derrida (y Kant), llegamos a la caracterización de la enseñanza de la filosofía como una no-enseñanza, en tanto aquella no se aprende o se aprende históricamente, por lo cual sólo podemos aprender a filosofar, y sólo aprender, sin acceder nunca a la filosofía. Dado todo ello, podemos decir que, en cierto sentido, no puede haber «técnico» del filosofar, en tanto la figura del técnico supone el dominio, el manejo de un saber. Y, como dijimos, la característica del filosofar consiste, precisamente, en que nunca podemos dejar de estar aprendiendo dicho acto, nunca lo “dominamos” completamente: nunca salimos del “lugar” de aprendices del filosofar. Todo lo cual parece implicar que no puede haber “profesor del filosofar”.

Es llegado a este punto donde la figura del parresiasta puede ayudarnos a pensar la enseñanza de ese acto que Kant llama «el filosofar», esto es: el uso autónomo de la razón. El parresiasta, al igual que el técnico, enuncia un discurso de verdad y, en ello, también recurre a ciertos procedimientos técnicos. La diferencia entre ellos se da, entonces, no en la ausencia de técnicas por parte del parresiasta, sino en lo que se pone en juego en la enunciación de la verdad en la cual cree.

Si el fin al que apunta la enseñanza consiste en el dominio de un saber, incluso cuando éste sea un “saber práctico”, entonces tal enseñanza es acorde a lo que la figura del técnico nos ofrece. Pero si lo que pretendemos lograr es un

trabajo del sujeto sobre sí a partir de un determinado discurso de verdad, entonces la figura del parresiasta puede sernos de utilidad a la hora de abordar dicha enseñanza.

Dado lo anterior, podríamos pensar que el “profesor-técnico” no sería aquel que nos enseña el acto del filosofar. Sin dudas, podríamos decir, el profesor de filosofía entendido de este modo, es el que, si algo enseña, si algo transmite, es la filosofía aprendida históricamente. Si alguien puede enseñar el acto de filosofar, seguro es el “profesor-parresiasta”. Y sin embargo, no parece posible resolver la cuestión de este modo.

En primer lugar, porque, en tanto que profesores, somos formados como técnicos: devenimos, ante todo, técnicos. En segundo lugar, porque lo que la institución educativa espera de nosotros, es que nos desenvolvamos como técnicos; esto es: que transmitamos un determinado cuerpo de saber. Pero fundamentalmente, porque la enseñanza del acto de filosofar supone el dominio de una *tekhne*. Incluso, y complicando aún más las cosas, el acto de filosofar puede verse como el fin propio de la enseñanza del técnico, si por tal acto entendemos “formar sujetos críticos”, y por tal entendemos, a su vez, análisis del discurso: identificación de tesis y supuestos, detectar argumentos y contraargumentos, etc. Nada supone más el dominio de una *tekhne* que el acto de filosofar entendido de este modo. Y sin embargo, ¿podemos enseñar a filosofar prescindiendo de esa *tekhne*?

Como dice Derrida: “Como todo parricida, éste tiene lugar en la familia: un extranjero sólo puede ser parricida si está en familia, de alguna manera.”<sup>14</sup> Creo que sólo puede enseñarse a filosofar si logramos establecer un vínculo con aquel a quien nos dirigimos, a través de la herencia común en la que se lo hace participar en el acto de transmisión de un saber, intentando, en ese mismo acto, generar una práctica del sujeto sobre sí a partir de dicho saber. O, dicho de otro modo, sólo siendo un profesor-técnico, se puede ser profesor-parresiasta; y es en esa tensión donde puede darse la enseñanza del acto de filosofar.

Por todo lo anterior, podemos decir que establecer las dicotomías: o ense-

14. Derrida, J.; La hospitalidad; Ediciones de la Flor; 2008; pág. 15.

ñamos filosofía (es decir, historia de la filosofía) o enseñamos a filosofar, por un lado; y, por otro, o somos profesores-técnicos o profesores-parresiastas; y, por último, estableciendo paralelos entre ambas dicotomías, enseñamos filosofía/somos profesores-técnico vs. enseñamos a filosofar/somos profesores-parresiastas (donde, además, ya todos sabemos de qué lado juegan “los malos” y de cuál “los buenos”); establecer tales dicotomías y paralelos, digo, es no visualizar la problemática en toda su complejidad y su lógica, ya que, otra vez, como dice Derrida: “(...) la simultaneidad, el «a la vez» de dos hipótesis incompatibles (...) la imposibilidad de este «a la vez», es a la vez lo que ocurre. Una y cada vez. Es eso que va a ocurrir, es lo que siempre ocurre.”<sup>15</sup>

15. Derrida, J.; La hospitalidad; Ediciones de la Flor; 2008; pág. 125.

# BIBLIOGRAFÍA

---

Derrida, J.; *La hospitalidad*; Ediciones de la Flor; 2008.

Derrida, J.; *El lenguaje y las instituciones filosóficas*; Ediciones Paidós; 1995.

Foucault, M.; *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II*; Fondo de Cultura Económica; 2010.

Kant, E.; *Crítica de la razón pura*; Taurus; Traducción de Pedro Ribas.

Kohan; W. O.; *¿Y si enseñar fuera imposible? Aprender a pensar con Sócrates*.